

IDENTIDAD Y PROYECTO DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA CHILENA.

PERIODO PRESIDENCIAL 007848 ARCHIVO
--

Introducción.

El proceso que hemos vivido durante los últimos años en Chile y los cambios políticos y económicos que se han producido en el orden internacional han generado condiciones muy distintas en las cuales se desarrolla la acción de los partidos políticos.

Esto genera un natural desconcierto ya que, por una parte, esta nueva realidad interpela a los partidos a asumir nuevas formas y nuevas ideas para responder a los desafíos actuales y, por otra, a abandonar tendencias, ideas o formas de acción que sirvieron o tuvieron sentido en otros momentos y que ahora no parecen adecuadas o viables.

Hoy en día, los partidos se encuentran con que la sociedad contemporánea está tendiendo a ser cada vez menos ideologizada, mientras los consensos van siendo mayores. Hay no sólo valores que son universales -como la libertad, la justicia, el respeto a los derechos humanos, la aspiración a la paz- sino también nociones ampliamente compartidas sobre el sistema político o las estrategias económicas.

Por otra parte, para los partidos democráticos chilenos existió durante años un norte muy claro, definido en la aspiración de derrotar la dictadura. Hoy en cambio, esos partidos están en el gobierno.

Así mismo, durante décadas la Democracia Cristiana actuó en la vida política como un partido que propiciaba un camino propio, y no participó de alianzas políticas. Hoy, sin embargo, es parte de la concertación de partidos que sustenta el gobierno democrático. En este nuevo contexto, los conglomerados políticos están en pleno proceso de adaptarse, interpretar y construir un nuevo estilo para hacer política.

Para los militantes esto genera desconcierto e incluso, en casos extremos, una crisis de identidad. Perfilar un proyecto propio en un escenario de consensos como el actual, parece requerir de mucha mayor creatividad que en un esquema de confrontación, como el que caracterizó la política chilena por años.

De allí que, -más que nunca-, tiene sentido para un partido como la Democracia Cristiana- que ha tenido un fuerte perfil ideológico- preguntarse por lo que es permanente o lo que es mutable; por los desafíos del mundo actual y por el que quiere construir; por el aporte que ha hecho y por el que aspira a hacer; por su identidad y sus sueños.

Es en nuestras bases doctrinarias y también en nuestra propia historia donde encontramos raíces y luces para comprender nuestra vocación manifestada a través del tiempo. Es la historia la que nos permite comprender las realidades cambiantes y las formas diferentes que el partido ha asumido a partir de su identidad y de los signos de cada momento.

Ha pasado más de medio siglo desde que un grupo de jóvenes fundó la Falange Nacional. Y han pasado 34 años desde que nació la Democracia Cristiana.

Desde sus orígenes falangistas, la Democracia Cristiana se ha caracterizado por ser un partido de ideas, sustentadas en principios y valores que se han ido expresando de acuerdo con los tiempos y se han encarnado en proyectos o programas que el partido ha ido proponiendo al país.

Ello significa que la Democracia Cristiana nunca ha sido un partido pragmático, ni siquiera programático, sino que ha sido fundamentalmente un partido que ha encarnado ideas e ideales en la política chilena.

-Detrás de esos ideales hay una concepción del hombre, sustentada en una antropología cristiana, que valora su trascendencia, y por lo tanto su dignidad de persona, superior a cualquier institución o instrumento.

-Hay también, una fuerte motivación por la justicia social, que ha sido el eje de sus denuncias y de sus anuncios, y que le ha llevado a comprometerse en la tarea de construir un orden nuevo.

-Existe una profunda vocación por la libertad, concebida en forma integral, que no se agota en la libertad política o la libertad económica.

-Hay una valoración de los grupos intermedios entre la persona y el Estado, y de la solidaridad, la cooperación y la participación como formas para resolver los conflictos inherentes a la naturaleza de la sociedad humana.

-Se da también una valoración ética de los medios en relación a los fines, expresada en el apego al derecho, el rechazo de la violencia, y un cierto gradualismo en el impulso de los cambios.

Todo ello se ha ido expresando en un cuerpo doctrinario, y también en una cultura, una forma de vida y un lenguaje que no están escritos en ninguna parte pero que se han ido socializando inconcientemente en una historia compartida.

Se ha ido expresando también a través de ideas que han ido dando respuestas a los grandes desafíos en cada momento histórico. Eso es lo que intentaremos revisar en las próximas líneas.

Nuestras raíces: la época de la Falange.

La Falange y la Democracia Cristiana nacieron en un mundo que era muy distinto del actual.

Los años treinta- en que nació la Falange- fueron duros para las democracias del mundo y para la paz. Fue la época en que el nazismo y el fascismo se imponían como reacción frente a la crisis del capitalismo liberal y al "peligro comunista". Luego sobrevendría la guerra, cuyo fin daría origen a un mundo dividido en dos grandes bloques ideológicos. Las décadas siguientes estuvieron marcadas por la Guerra Fría y el conflicto permanente, explícito o latente, entre Este y Oeste.

Desde otra perspectiva, la crisis económica que afectó al mundo occidental en 1929 y los años siguientes, tuvo gran impacto en el pensamiento político. La miseria que produjo y la vulnerabilidad del sistema económico, pusieron en tela de juicio el régimen capitalista y al propio liberalismo.

Cobraron así fuerza modelos políticos contrapuestos como el socialismo, el fascismo y el corporativismo, los que tenían en común la convicción de que el Estado debía tener una mayor ingerencia en la vida económica y social.

La crisis del liberalismo, tanto en su expresión política (democracia) como económica (capitalismo) y la emergencia del totalitarismo (nazismo, fascismo y estalinismo), conformaron el marco global en el que emergió la Falange Nacional.

En esa misma etapa, el pensamiento social cristiano, -fundado en el magisterio de la Iglesia- se fue fortaleciendo al convocar a sectores de católicos que asumieron el llamado de la Iglesia a construir un orden nuevo, como alternativa frente al liberalismo y el socialismo, que entonces se expresó en el pensamiento corporativo. En torno a él se insinuaba una suerte de "tercera vía", que marcó los inicios de lo que luego sería la democracia cristiana.

Ese era el clima universal cuando en nuestro país los partidos chilenos vivieron un proceso de reformulación política y desarrollaron nuevos planteamientos que, recogiendo el impacto, los sentimientos y las ideas de su época, gestaron las tendencias fundamentales del desarrollo político chileno de las décadas siguientes.

Por entonces, Chile recién consolidaba su sistema democrático tras el período de inestabilidad política y de irrupción militar, como consecuencia de la crisis del Estado oligárquico. La incorporación de la clase media trajo consigo cambios institucionales y políticos

que significaron una ampliación de la democracia chilena y el inicio de una nueva fase de estabilidad política.

Por su parte, como consecuencia de la crisis económica que azotó a Chile con inusitada fuerza, los gobiernos impulsaron -siguiendo la tendencia de su tiempo- una estrategia de desarrollo basada en la industrialización, orientada hacia la sustitución de importaciones y apoyada fuertemente desde el Estado.

A su vez, el Estado se asignó un rol central en la protección de los sectores más débiles y en su incorporación a los beneficios sociales tales como salud, educación, vivienda y empleo.

Todo ello respondía a un tipo de economía mundial basada en el Estado empresario, a un tipo de empresa estructurada en torno a la producción en serie y sobre todo a un tipo de sociedad con escasos niveles de organización. Ello significaba la necesidad de un Estado más fuerte.

En ese contexto nació y se desarrolló, en Chile, la Falange Nacional.

Su referente doctrinario inmediato fue la encíclica del Papa Pío XI, Quadragesimo Anno, que conmemoraba los cuarenta años de Rerum Novarum.

Fue justamente la indiferencia hacia dicha doctrina por parte del Partido Conservador, que en aquél entonces representaba al mundo católico en la política chilena, la que llevó a su juventud a buscar nuevos rumbos que se hicieran cargo de las propuestas de la Iglesia para los cristianos con compromiso social y político.

Se definió a sí misma como una "cruzada que se impone instaurar en Chile un orden nuevo", fundamentando explícitamente sus principios en el pensamiento cristiano y su concepción de la dignidad humana.

Condenó tanto el régimen capitalista como el sistema colectivista, proclamando el "sentido humano de la economía", y manifestó desde sus inicios una vocación democrática y de justicia social expresada en un programa y en la acción política de sus militantes.

Esta clara adhesión a la democracia tuvo ocasión de manifestarse cuando la Falange votó en contra la Ley de Defensa de la Democracia. Ella se enmarcaba en el contexto del pensamiento cristiano moderno que por entonces fue asumiendo una profunda convicción democrática, que aportó decisivamente al difícil encuentro de la Iglesia con la democracia. La principal expresión de este pensamiento fue Jacques Maritaine que en la época de la postguerra, recogió la tradición aristotélico-tomista, especialmente los conceptos de persona humana y bien común, y la noción fundamental de los "derechos humanos.

Su pensamiento se extendió primero en Europa y luego en el resto del mundo y mantiene aun su vigencia en lo esencial. Su influencia en la Democracia Cristiana chilena ha estado presente desde sus orígenes, hasta hoy día.

Por otra parte, durante esa primera etapa de la Falange, se formaron algunos rasgos esenciales de la identidad democratacristiana, que han permanecido a través del tiempo, aunque expresándose de maneras diversas.

Uno de ellos ha sido la adhesión a una forma de hacer política, que ha buscado impulsar los cambios actuando dentro del marco de las leyes y condenando en toda circunstancia el uso de la violencia.

Esto significa -como lo expresaran los jóvenes falangistas- "rechazar las restauraciones imposibles y las revoluciones destructoras", lo cual inserta esta construcción de un "orden nuevo" en un marco de continuidad y cambios donde los medios, las formas y los instrumentos de acción política son fundamentales y se definen en el apego al derecho y al uso de métodos pacíficos.

Este ha sido tal vez uno de los rasgos que explican el apoyo que ha mantenido la Democracia Cristiana durante tantos años en que ha permanecido como partido mayoritario del país, ya que se trata de una forma de hacer política que tiene arraigo en la cultura política nacional.

También la noción de "cruzada" presente en esa primera etapa, que nos habla de una empresa heroica, católica y de momentos muy marciales, marcó a nuestro partido al dejar como herencia un cierto mesianismo que lo ha caracterizado a través de su historia. La vinculación falangista a la Iglesia y su alimentación en el pensamiento católico, transmitió al partido una seguridad en sus verdades trascendentes, aceptadas en forma absoluta, lo que favoreció su mística pero también su incapacidad de adaptar sus propias posiciones y buscar acuerdos con otros sectores. Aquí encontramos antecedentes que explican la rigidización del partido que, en el contexto de una lucha contra todos -"ni izquierdas, ni derechas"- tendió a construir sobre sí mismo una caparazón frente a los demás.

En esta etapa inicial, la Falange también se perfiló como un movimiento de élite profesional y especialmente de jóvenes. Ese carácter de calificación profesional de sus cuadros también ha sido un rasgo característico y se acentuó durante la época del gobierno demócratacristiano, a través de sus equipos técnicos, a pesar de la ampliación que tuvo el partido en las décadas siguientes, pasando a ser un partido pluriclasista y popular.

Otro aspecto esencial en el pensamiento de la Falange, fue su valoración de los llamados "cuerpos intermedios" de la sociedad, entre el individuo y el Estado, rasgo que también ha perdurado en

el tiempo. En esa primera época, ese rasgo se reflejó en la adhesión a un esquema corporativo en lo económico y social -políticamente la Falange siempre adhirió a la democracia- el cual respondía al pensamiento de la Iglesia y se perfilaba como alternativa frente al liberalismo y al socialismo. Como consecuencia de la experiencia fascista, esta concepción corporativista muy pronto fue perdiendo fuerza, pero el concepto de una estructura comunitaria de la sociedad o de la primacía de lo social por sobre el Estado y el individuo, ha sido un aspecto sustancial de la doctrina DC que se ha ido adecuando a los distintos escenarios a través del tiempo y se ha expresado en nuevas nociones de democracia social.

La Democracia Cristiana y los años de la profundización democrática.

Hacia fines de los años cincuenta, el modelo de desarrollo de las décadas anteriores (industrialización sustitutiva de importaciones) mostraba signos de menor dinamismo. La magnitud de los problemas no resueltos expresados en la inflación, el atraso agrícola, y el crecimiento de la marginalidad urbana, entre otros, era percibido por todos los sectores. Había una conciencia generalizada y un diagnóstico similar en torno a la crisis nacional.

Tal vez el drama de la política chilena hacia fines de la década de 1950 sea que, a pesar de haber existido ese amplio consenso en torno al agotamiento del modelo, no hubo el mismo consenso sobre la manera de superarlo.

En efecto, a las voces críticas surgidas desde la derecha empresarial -es en esa época que surge la distinción entre "derecha política" y "derecha económica"-, se unieron las de sectores de avanzada, tanto en la izquierda como en el centro, que compartían una visión crítica acerca de la realidad, proponiendo diversas, y a veces divergentes, fórmulas para su superación, como pasó con Aníbal Pinto ("Chile: un caso de Desarrollo Frustrado") y Jorge Ahumada ("En vez de la miseria"), uno de los principales ideólogos del gobierno demócratacristiano.

En ese contexto nació la Democracia Cristiana, como una respuesta modernizadora que recibió un fuerte impulso desde las tesis desarrollistas vigentes en ese entonces en el mundo de las organizaciones internacionales del sistema de las Naciones Unidas. Su Declaración de Principios revela esa influencia. Realizar una "verdadera democracia", implicaba la transformación de las estructuras de la sociedad. Conseguir la justicia y la libertad significaba sustituir las estructuras del capitalismo y del socialismo. De allí derivaban las propuestas en todas las áreas del quehacer nacional.

Entonces, los principios orientadores de la Falange se mantuvieron inalterables: su concepción cristiana del hombre y de la familia; su valoración de las entidades intermedias entre la persona y el Estado, concebido este último como rector del bien común; la noción de una economía humana que, por una parte, respeta la libre iniciativa y, por otra, reconoce al Estado su derecho y competencia para promover actividades productivas que excedan la capacidad particular o que constituyan factores vitales de la economía.

En todo caso, en consonancia con su valoración de los cuerpos intermedios, el PDC destacaba en ese momento histórico las formas comunitarias o el cooperativismo como expresiones de una economía social más justa y más humana.

Expresaba, finalmente, su disposición a implementar las transformaciones necesarias, desde dentro del sistema y por métodos democráticos.

En pocos años, el PDC llegó a ser el principal partido del país. A ello contribuyó sin duda la figura de Eduardo Frei, quien ya en 1958 fue candidato a la Presidencia de la República.

A su vez, durante los años sesenta, el pensamiento de la Iglesia experimentó una profunda transformación, al asumir un diálogo mucho más profundo con el mundo secular, lo cual dio una nueva dimensión

al compromiso social y político de los cristianos. El magisterio de la Iglesia fue acogiendo cada vez más la realidad del mundo contemporáneo. Se configuró así una opción evangélica por los más débiles y por la formación de un orden nuevo, distinto del capitalismo y el marxismo. En ese contexto acogió el tema del cambio de estructuras, que en el caso chileno quedó simbolizado en la necesidad de una reforma agraria.

La Democracia Cristiana recogió ese planteamiento que pasó a ser su bandera principal, junto con la nacionalización del cobre y la organización de los sectores populares marginados.

Esa aspiración de cambios para lograr el anhelado desarrollo del país se fue generalizando en todos los sectores e incluso la derecha llegó a propiciarlos -aunque no como un anhelo sino más bien como una fatalidad-.

Así, el término en que se expresó esta tendencia en la década de 1960, tanto en el centro como en la izquierda, fue el de Revolución. Para unos se trataba de la revolución socialista; para la Democracia Cristiana, la Revolución en libertad. En ambos estaba implícita la noción de cambio total de sistema aunque los métodos fueran diferentes.

Pero la irrupción del tema de los cambios influyó también en una transformación profunda de la política chilena. Durante las décadas anteriores, ésta se había desenvuelto básicamente en torno a una cierta capacidad de la clase dirigente de lograr compromisos, lo que en buena medida fue posible por el rol flexible y articulador que ejerció el centro político . Tal fue la lógica que había imperado bajo el régimen oligárquico a comienzos del siglo, y especialmente durante los gobiernos radicales del llamado período "mesocrático", que hizo crisis en la década de 1950.

Los años sesenta marcaron el paso de ese "Estado de Compromiso" a las denominadas "Planificaciones Globales", marcadas por el intento de imposición unilateral de modelos ideológicos omnicomprensivos y excluyentes.

Este proceso se dio en el contexto de una América Latina caracterizada por el estacamiento de una estructura social tradicional y por una creciente movilización popular. El debate se dio en torno a las situaciones de "violencia institucionalizada" y "dependencia", teniendo como eje la cuestión de la propiedad de los medios de producción. El centro de la discusión estuvo marcado por la cuestión del sistema económico y, más precisamente, por el tema de la propiedad de los medios de producción.

Una respuesta a esta situación fue el modelo de ruptura revolucionaria, cuyo paradigma estuvo representado por la Revolución Cubana.

Otra respuesta estuvo constituida por la modernización desarrollista, representada, en nuestro caso, por el gobierno del Presidente Frei.

En ambos la preocupación por el desarrollo se dio en el marco de una concepción en que el Estado era percibido como el principal agente de modernización.

En ese contexto el partido definió su ideal de crecimiento con justicia social en lo que se conoció como la "vía no capitalista de desarrollo", que significaba marchar hacia formas sociales comunitarias superando el esquema tradicional capitalista y evitando el desenvolvimiento hacia el colectivismo y la estructura totalitaria del Estado.

La realidad es que en ese entonces coexistían en Chile estructuras pre-capitalistas de tipo tradicional especialmente en el agro, con una economía "mixta" caracterizada por un Estado fuerte e intervencionista. Pero en la estructura económica chilena también se daban formas comunitarias o cooperativas de organización social.

En la propuesta democratacristiana de entonces, ni las formas estatales, ni las capitalistas estaban ausentes, pero se introducía un factor nuevo a través del estímulo de las formas comunitarias para generar a partir de ellas, una experiencia diferente.

De allí que cobraran fuerza las experiencias autogestionarias o de empresas de trabajadores, como alternativa a la propiedad privada y a la propiedad estatal. Los modelos inspiradores fueron fundamentalmente algunas experiencias de tipo cooperativo y autogestionario en Europa.

Se ha discutido dentro y fuera del partido si efectivamente era éste un camino de "sustitución del capitalismo", o más bien se trató de una reforma o modernización del mismo. La discusión ha estado presente desde entonces, pero es a nuestro juicio irrelevante. Lo importante es que detrás de estas tesis, estuvo la búsqueda de un desarrollo más pleno de valores como la cooperación y la solidaridad en la conformación de una sociedad más justa.

Esto cobraba especial relevancia en un tiempo en que el conflicto político y social estuvo cruzado por un concepto de "clases", conflictuadas y divididas entre los intereses contrapuestos de empresarios y trabajadores. No se percibía por entonces la posibilidad de que se desarrollaran intereses comunes entre estos

dos sectores, lo que era congruente con el ambiente confrontacional de la época.

La Democracia Cristiana, aun siendo un partido pluriclasista, asumió la causa de los trabajadores y a la vez fue generando una desconfianza creciente hacia, y desde, el mundo empresarial. Esa distancia se vio agravada en los años siguientes, especialmente a partir del proceso de reforma agraria.

Durante los años sesenta, en nuestro país se llevaron a cabo cambios profundos en la estructura económica y social que, en lo sustantivo, se hicieron bajo el gobierno democratacristiano para luego ser profundizados en los años siguientes, bajo el gobierno de la Unidad Popular.

La Democracia Cristiana, ocupó el espacio político del centro, pero en una posición altamente ideológica y alternativista, lo que se expresó en su tesis del "camino propio", que contribuyó a rigidizar la vida política nacional. Así la DC fue asumiendo cada vez más una lógica confrontacional.

No obstante, es evidente también que la Democracia Cristiana no tenía socios disponibles para las grandes tareas que emprendió su gobierno. De hecho, la izquierda había experimentado un proceso de radicalización influenciado por la Revolución Cubana que la llevó

a adoptar las tesis leninistas (incluida la aceptación de la vía armada) y a "negarle la sal y el agua" al gobierno democratacristiano percibido como "la otra cara de la derecha" o la "otra cara del imperialismo".

Por su parte, la derecha que apoyó la candidatura de Frei como un mal menor, fue asumiendo una actitud crecientemente defensiva y autoritaria, y de franca oposición a los cambios.

Desde otra perspectiva, la tesis del camino propio de la Democracia Cristiana respondió también a la necesidad de perfilarse en una fase de ascenso, sobre todo cuando los partidos tradicionales, especialmente el Radical, habían caído en el descrédito por lo que muchos percibían como sus prácticas electoralistas y oportunistas. De allí que, en oposición al P.R. que parecía tener simplemente el propósito de "administrar el orden establecido", surgió la Democracia Cristiana como un partido vanguardista que se proponía "crear una sociedad nueva". Se trataba por lo tanto de perfilar un partido de nuevo tipo. Esa fue una de las razones por las cuales una alianza con los radicales fue imposible, a pesar de la afinidad que debería haber existido considerando la ubicación en el espectro político de ambos partidos.

La sobre-ideologización que se vivió en ese período estuvo influida también por factores externos. La consecuencia de estos procesos

es que convirtió la política en una suerte de religión secularizada que abrazaba profundamente toda la existencia de quienes la asumían. La ideología ofrecía las certezas que se requerían en una época en que el mundo parecía perder su sentido.

La Democracia Cristiana no escapó a este fenómeno. Nuestra utopía, en el sentido positivo de la palabra, fue derivando en mera ideología, ahora en un sentido peyorativo; es decir, en un sistema cerrado de ideas, contrapuesto con otras concepciones y, lo que es más grave, desligado de la realidad misma.

Hacia fines de los años sesenta, la creciente movilización social y la "revolución de las expectativas" asociada a ella, fueron presionando por una profundización de los cambios emprendidos. En ese proceso de radicalización, los democratacristianos no estuvimos al margen de una desvalorización progresiva de los medios y de las formas de convivencia democrática. Esta desvalorización fue especialmente marcada en la izquierda revolucionaria, que lo proclamó explícitamente y en la derecha, que sintiéndose amenazada, asumió en forma creciente una postura autoritaria.

Pero también influyó en la DC, que sufriría dos quiebres importantes y que, a partir de su propio alternativismo excluyente, fue empujando a la derecha más hacia la derecha y a la izquierda

más hacia la izquierda. Todo ello fue debilitando la adhesión a los métodos pacíficos y al estado de derecho.

Por otra parte la tendencia de la historia parecía ir irresistiblemente hacia el socialismo. Por lo menos así lo percibían los sectores progresistas de la sociedad chilena. De allí que desde fuera del partido se le acusara peyorativamente de ser meramente "reformista" y desde dentro del mismo, surgiera también un cierto complejo de quienes sentían que ser cristiano, demócrata y no rupturista, equivalía a ese tibio y poco motivador "reformismo".

En este contexto, las tesis comunitarias de la democraciacristiana llegaron a denominarse "socialismo comunitario", aun cuando este término nunca fue definido con propiedad, ni representó un cambio de posiciones sino más bien respondió al intento de marcar un criterio de diferenciación con la izquierda, dentro del socialismo.

Hacia fines de los años sesenta, la Democracia Cristiana fue abandonando la tendencia gradualista que trató de imponer el gobierno de Frei, en la perspectiva de impulsar una profundización de los cambios emprendidos. El hecho de que la Democracia Cristiana se desviara de esa línea gradualista hacia posiciones

más radicales fue uno de los factores en la derrota electoral de 1970.

De este modo, si bien el gobierno del Presidente Frei llevó a cabo una profunda acción transformadora , el PDC fue también un factor de erosión del sistema democrático al adoptar como propia una forma de hacer política que también contribuyó a tensionar su funcionamiento. De allí las conflictivas relaciones que mantuvieron el propio partido y el gobierno democratacristiano, que culminó en la ruptura de 1969, con la formación del MAPU. En 1971, el partido sufriría un nuevo quiebre con la formación de la Izquierda Cristiana.

La crisis institucional de Chile y la Democracia Cristiana.

El grado de polarización que alcanzó la sociedad chilena fue una de las principales causas del quiebre institucional de 1973. Detrás de ello, hay un difícil proceso de desfase entre un hiperdesarrollo político de nuestra sociedad, en contraste con una situación de incapacidad del sistema económico-social para dar plena respuesta a las demandas de los nuevos sectores emergentes.

Este proceso culminó durante el gobierno de la Unidad Popular y se vio agravado por la conflictividad que llegaron a tener las relaciones entre los partidos. El objetivo explícito de la Unidad

Popular de conquistar el poder total suscitó una inicial desconfianza en la vocación democrática del nuevo gobierno. Esta desconfianza se fue profundizando y de alguna manera fue la que primó en las opciones y relaciones que se mantuvieron durante ese período entre el gobierno y la Democracia Cristiana.

Por su parte, la polarización creciente de la sociedad derivada de las condiciones sociales, económicas y el desorden político en que estaba sumido el país, introdujo un fuerte factor de presión desde las bases partidarias sobre los niveles dirigenciales.

En este contexto los intentos de negociación que la Democracia Cristiana llevó a cabo con el gobierno -en la búsqueda de una salida política y democrática de la crisis en que estaba sumido el país-, tenían muy pocas probabilidades de prosperar, porque no estaba en el ánimo de los chilenos la negociación ni el acuerdo que significara ceder en las propias posiciones.

La confusión existente al interior de esa sociedad cada vez más polarizada, se fue expresando en una creciente desconfianza hacia las instituciones democráticas.

Es así como hacia fines del gobierno de Allende, desde todos los sectores incluido el gobierno, hubo quienes pusieron sus miradas en una solución militar. Desde la oposición se veía como inminente el peligro de entronización de un régimen antidemocrático.

Esa situación se sumó el profundo desencuentro entre el mundo civil y militar que ya tenía una larga tradición y que era especialmente fuerte en el ambiente de la Democracia Cristiana.

De ahí que cuando se produjo el golpe militar, propiciado abiertamente por los sectores de derecha, la inmensa mayoría de los democratacristianos y del país en general, lo percibió como un hecho inevitable.

El régimen militar y la confirmación de los valores esenciales de la DC.

Tras la confusión y el desconcierto inicial, la Democracia Cristiana asumió desde los primeros momentos una lucha por la defensa de los derechos humanos y la recuperación de la democracia. La tarea requirió de grandes esfuerzos por mantener la organización partidaria y la solidaridad interna, a la vez de ir presionando por la apertura de espacios sociales y políticos.

Este fue también un tiempo de reflexión interna respecto de los temas sustantivos (democracia, derechos humanos, restablecimiento de la paz entre los chilenos), económicos y sociales (sociedad

civil, trabajadores, empresarios, mujeres y fuerzas armadas) y revalorización de nuestros principios fundamentales.

El gobierno militar fue el último intento por conquistar el "poder total" y por imponer un proyecto global de sociedad. Fue, tal vez, el que pudo aplicar más intensivamente su proyecto por las condiciones que impuso la dictadura.

El proceso modernizador implementado durante el régimen autoritario, inspirado en el neoliberalismo, significó dar un fuerte impulso al sector privado, realizar una significativa reforma del Estado, promover una apertura externa y consolidar un modelo exportador que se convirtió en palanca del desarrollo nacional.

No obstante la modernización autoritaria estuvo marcada por la exclusión y desintegración social y por la violación de los derechos humanos, generando una situación en que un sector reducido de la sociedad chilena se benefició del crecimiento experimentado, mientras las grandes mayorías quedaron postergadas y aún agravaron sus condiciones de vida.

Durante el período militar, la defensa de la dignidad humana, la lucha por la libertad y la justicia, la conciencia del rol de la sociedad civil, frente al individualismo neoliberal y al Estado

autoritario, se encarnaron con mayor fuerza que nunca en las acciones de la Democracia Cristiana.

Estas también se expresaron en un rechazo categórico a todas las formas de lucha, y en la búsqueda de los cambios a través de la movilización social y la constitución de amplios acuerdos entre los partidos democráticos.

Esa estrategia condujo finalmente a la derrota del régimen a través de los instrumentos que él mismo creó para perpetuarse.

De este modo, durante esta etapa, la Democracia Cristiana fue abandonando sus tesis de camino propio y articulando una nueva política para responder a las exigencias que la historia le demandaba.

Es así como en la gestación de la concertación de los sectores democráticos, ejerció un rol importante. Esta tendencia se expresó desde los primeros años de la dictadura, en diversas iniciativas que incluyeron encuentros de intelectuales, la movilización social, la movilización electoral y culminaron con la formación de la coalición que hoy sustenta el gobierno del Presidente Aylwin.

Esta Concertación ha representado un cambio de estilo que ha ido dejando atrás la confrontación para privilegiar los acuerdos por

sobre las diferencias. Fue ese el camino que permitió exitosamente restaurar la democracia chilena y que se perfila como una base sólida para su consolidación.

Un proceso acumulativo.

Las visiones heroicas que entusiasmaron a los chilenos durante las décadas pasadas no lograron cristalizar tal como fueron concebidas. Tampoco lo logró el régimen militar, aún con todo el poder a su disposición.

No obstante, los cambios que se produjeron durante los últimos treinta años, más allá de los fracasos específicos, e incluso del profundo quiebre que vivió la sociedad chilena, no fueron solamente una secuencia de sucesos abortados.

En una perspectiva histórica, las transformaciones producidas en Chile durante tres regímenes de signo tan diverso como opuesto entre sí, se han ido potenciando. Las tensiones que ha vivido la sociedad chilena, por lo tanto no han sido en vano.

En Chile hubo cambios estructurales que se iniciaron con la reforma agraria y la nacionalización del cobre, la organización popular y la reforma educacional, e incluso antes con el proceso de

industrialización, que incidieron profundamente en la modernización más reciente que ha experimentado el país. Y en esa perspectiva, la tarea de entonces, aun cuando haya seguido un curso diferente del propuesto, se fue realizando y ha contribuido al desarrollo del país y de su gente.

Por otra parte, también de manera sorprendente, los valores por los que hemos luchado desde la época de la Falange Nacional -y que en su momento parecían inalcanzables- han ido permeando a la sociedad en su conjunto, no por obra de unos pocos, sino por un proceso colectivo en que la siembra va dando frutos y la experiencia va dando sus lecciones.

Lo cierto es que a partir de lo que hemos vivido en las últimas décadas los nuevos temas como la revalorización de la democracia y los derechos humanos, la valoración del Estado democrático- ni revolucionario, ni autoritario- y una revalorización también de la sociedad civil, van en la perspectiva de los ideales democratacristianos de siempre.

Todo ello refuerza la noción de que ha habido un proceso acumulativo, en el que han convivido la continuidad y los cambios.

Y esto no sólo podemos apreciarlo en la evolución histórica de la D.C. chilena sino también en nuestras bases doctrinarias. En esta

perspectiva, la reciente publicación de la encíclica Centessimus Annus del Papa Juan Pablo II, para conmemorar los cien años de Rerum Novarum, es muy sugerente para la reflexión de la Democracia Cristiana, inspirada desde sus orígenes, en los principios de la doctrina social de la Iglesia.

Ella reafirma esos principios y valores que hace cien años proclamó Rerum Novarum, pero recoge las cosas nuevas de un mundo caracterizado por la vertiginosidad de sus cambios.

Nuevos tiempos, nuevas respuestas.

Es evidente que los desafíos del presente son muy distintos de los de las décadas anteriores, lo cual implica que las premisas o soluciones de entonces ya no son válidas para nuestro tiempo. Los problemas son otros y sobre ellos deberemos actuar.

De allí que, aún cuando la historia es imprevisible porque está hecha por el hombre, siempre es necesario ir pulsando el signo de los tiempos para discernir las grandes causas e impulsar los cambios en el sentido de los ideales y valores permanentes.

No cabe duda que durante este siglo, se ha ido gestando una época nueva. Al capitalismo salvaje sucedió el bienestar de las naciones desarrolladas. El desarrollo tecnológico ha empujado a las

economías nacionales hacia una fuerte internacionalización, en que se abren nuevas posibilidades para las naciones marginadas. Por otra parte, el drama de la dignidad humana vejada por el Estado, en nombre del partido o de la seguridad nacional, se fue transformando en una fuerza renovadora que se ha ido expresando diversas latitudes de la tierra.

El enorme desarrollo científico y tecnológico, los cambios económicos-financieros, las innovaciones sociales, los problemas del medio ambiente son los nuevos fenómenos ineludibles, que plantean sus desafíos a la política.

Los cambios de las últimas décadas en han derivado en ajustes profundos en los modelos de desarrollo y en el diseño de las políticas públicas.

Detrás de estas transformaciones está el vasto proceso de desarrollo tecnológico y de internacionalización de la economía, que ha alterado los modos de producción y el pensamiento universal en torno al concepto de economía moderna.

La doctrina social de la Iglesia recoge estos cambios en la Encíclica Centesimus Annus, cuando expresa que : "en otros tiempos, el factor decisivo de la producción fue la tierra. Luego lo fue el capital, entendido como el conjunto masivo de maquinarias

y bienes instrumentales. Hoy día, el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo".

El trabajo creativo

Por otra parte, como lo señala Juan Pablo II, el conocimiento se ha transformado en una nueva forma de propiedad, equivalente a lo que antes fuera la propiedad de la tierra o del capital.

Esta nueva realidad cobra vigencia frente a nuestros desafíos como país. Apunta a que el éxito de las empresas, y el desarrollo de las naciones depende cada vez más del trabajo creativo. Esta es una realidad propia de las nuevas formas de organización de la empresa, que está presente en los sectores más modernos de la economía, aunque permanece ausente en los sectores más tradicionales que han quedado relativamente marginados del progreso técnico.

No es raro entonces que las relaciones laborales en el mundo moderno estén evolucionando cada vez más hacia mecanismos que permitan que el trabajador se sienta identificado con su empresa.

¿Cómo fomentar la creatividad del hombre, si el trabajador no siente que tiene un salario digno, un trato digno?, ¿Si no tiene posibilidades de participar?

La empresa moderna para ser eficiente, creativa, y competitiva necesita superar los esquemas confrontacionales que primaron en las décadas anteriores y también los sistemas ilegítimos o injustos que prevalecieron en las relaciones laborales. Al contrario requiere de un clima de conciliación, colaboración y de esfuerzo conjunto. Requiere también que todos quienes participan de ese esfuerzo compartan sus beneficios.

Esto implica asumir también que los conflictos surgen inevitablemente en cualquier sociedad, porque los intereses de los grupos o clases sociales son objetivamente distintos y diferenciados.

Lo importante es que el conflicto -como toda actividad humana- debe estar limitado por consideraciones morales y jurídicas, lo que significa respetar el Estado de Derecho, que el interés de una parte no puede suplantar al bien común ni aspirar a destruir lo que se le opone. Y aun más , -como señala Juan Pablo II- el mismo conflicto puede tener un papel positivo cuando se configura como "lucha por la justicia".

Por eso las relaciones laborales del mundo moderno deben basarse en la dignidad de la relación laboral y en la participación del trabajador en su empresa.

De allí que - en el decir de Juan Pablo II-se abre un" vasto y fecundo campo de acción y de lucha" para evitar que el trabajo del hombre y el hombre mismo se reduzcan al nivel de simple mercancía.

Se trata que los trabajadores participen más plenamente en la vida de la nación y en su desarrollo. "En ese sentido se puede hablar justamente de una lucha contra un sistema económico entendido como método que asegura el predominio absoluto del capital, la posesión de los medios de producción y la tierra, respecto a la libre subjetividad del trabajo del hombre." La alternativa es una "sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación. Esta sociedad, tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda sociedad."(Centessimus Annus).

De este modo, hoy se abren perspectivas inéditas para el desarrollo del trabajo como fuente de dignificación humana, despliegue de la creatividad y del esfuerzo del hombre, y para generar los empleos dignos y salarios justos que los trabajadores requieren .

En una palabra, tenemos por delante el desafío de consolidar una sociedad donde el eje sea el trabajo humano y cuya consecuencia práctica sea el mejoramiento de la calidad de vida de las personas.

La necesidad del Estado y el rol del mercado

La encíclica Centesimus Annus nos advierte también que a pesar de los grandes cambios acaecidos en las sociedades más avanzadas, "las carencias humanas del capitalismo, con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres, están lejos de haber desaparecido. Es más, para los pobres, a la falta de bienes materiales, se ha añadido la del saber y del conocimiento, que les impide salir del estado de humillante dependencia".

Lo demuestra, por una parte el hecho de que permanecen en el mundo -y especialmente en el Tercer Mundo- fenómenos de marginación y explotación.

Por otra parte esa carencia también se expresa en la llamada sociedad de consumo, que "coincide con el marxismo en el hecho de

reducir totalmente al hombre a la esfera de lo económico y a la ratificación de las necesidades materiales".

Por último, también se expresa en el vacío interior que produce una sociedad industrial que, sin embargo, no responde a los anhelos más profundos del alma humana.

De allí que la base valórica de la propuesta democratacristiana sigue vigente y hoy más que nunca puede mostrar su viabilidad en la humanización de la economía moderna, donde los esquemas de solidaridad no sólo son deseables , sino se hacen necesarios para tener éxito.

La conversión de estas aspiraciones requiere de una concepción innovadora del rol del Estado en la economía y en la vida social, así como en su relación con la llamada economía de mercado.

Requerimos de un Estado que asuma la tarea de estimular, facilitar y promover una mayor integración nacional.

En Chile coexisten dos países. Ética y políticamente es urgente que el país pobre y marginal perciba un camino de ampliación de oportunidades y de integración creciente al país moderno que hoy despliega su potencial hacia el resto del mundo a través del proceso exportador.

La acción del Estado en Chile tiene que estar marcada por su sentido de igualación de oportunidades. El tiene que ser el nivel más estructural en que debe expresarse el valor de la solidaridad.

Pero el estado debe velar también por la calidad de vida del conjunto de la población, por el equilibrio ecológico, por la descentralización efectiva del poder, regulando a los monopolios, abriéndolos a la competencia y desplazando gradualmente las decisiones desde un Estado centralista hacia las regiones, provincias y hacia la comunidad local.

Por otra parte está, el fenómeno del mercado que ha demostrado ser un mecanismo eficiente para promover la prosperidad de las naciones, sobre lo cual hay un consenso generalizado a partir del derrumbe de los socialismos del este.

La misma Encíclica que ya hemos citado destaca que el mercado libre parece ser el instrumento más eficaz para asegurar los recursos y responder a las necesidades, tanto a nivel nacional como internacional. No obstante, señala también que hay muchas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado, que, a pesar de cumplir un papel fundamental y positivo no debe hacernos olvidar que más allá de los intercambios comerciales "existe algo que es debido al hombre porque es hombre".

Lo importante para los democratacristianos es que el desarrollo de la economía, asegure una auténtica solidaridad entre los chilenos, que incentive la cooperación entre los distintos sectores sociales y no sólo la competencia entre ellos, que permita el fortalecimiento del sentido de comunidad y no sólo de una cultura basada en el individualismo, y que mejore las condiciones ambientales en que se desenvuelve la vida de los chilenos. En suma, que permita el desarrollo de nuestra visión de persona y de comunidad, marcada por el signo de solidaridad, cooperación y un verdadero sentido de comunidad nacional.

Los cambios en la sociedad

Los problemas que enfrenta el mundo de hoy superan con mucho la visión de clases que primó en las décadas pasadas. En esta sociedad moderna y plural, la realidad de las mujeres, los jóvenes, la tercera edad, el problema ecológico son temas sustantivos que promueven la organización de la sociedad abriendo el esquema clasista a nuevas perspectivas.

Por otra parte, la necesidad de fortalecer la sociedad civil, dar cauces a la expresión de sus intereses y la solución de sus problemas en una perspectiva moderna y democrática implica una nueva relación de ella con el Estado, y amplía los espacios de

libertad para el desarrollo humano. De hecho el Estado ha ido asumiendo un nuevo rol, menos intervencionista y más democratizador de la sociedad civil que en las décadas anteriores.

Los fenómenos de municipalización y regionalización así lo revelan, debiendo convertirse en un importante mecanismo descentralizador de las decisiones del Estado.

La participación hoy día debe estar especialmente -aunque no exclusivamente- ligada a las decisiones locales y regionales. Se trata de promover la organización en todos los ámbitos de la sociedad, de los pobladores, de las mujeres, de los vecinos, de los trabajadores para buscar la solución de sus propios problemas, y buscar la apertura de los cauces necesarios para que esa organización pueda expresarse.

En este nuevo contexto, el rol de los partidos también debe sufrir una redefinición. Las mediaciones que ejercen en esta sociedad menos ideologizada y en que las organizaciones sociales se diversifican son de menor significación que en el pasado.

Ello les plantea un desafío de modernización y de ponerse la sintonía con los nuevos temas que están latentes en la sociedad.

El proyecto de futuro

La Democracia Cristiana ha encabezado a través del gobierno del Presidente Patricio Aylwin, una exitosa reconstrucción de la democracia en Chile.

Si bien es cierto que el Partido no se agota en una determinada experiencia de gobierno, también es efectivo que la proyección futura del Partido, para ser creíble, tener fuerza y convicción transformadora, depende en gran medida del éxito de este gobierno y deberá necesariamente representar una línea de continuidad respecto de él y de su obra. Es al menos nuestra convicción.

La actual etapa se ha caracterizado no sólo por lograr una transición exitosa desde el gobierno autoritario.

También, este gobierno ha estado moldeando nuevas instituciones y una nueva cultura política de acuerdos y concertación social que son verdaderamente fundacionales respecto de las etapas anteriores y de las nuevas etapas que vienen.

Recogiendo las experiencias del pasado, este gobierno de hecho está refundando una democracia moderna en Chile y poniendo las bases para un crecimiento vigoroso de su economía y un esfuerzo social sin parangón en la historia reciente de Chile.

Del éxito de esta experiencia dependerá la capacidad de proyección del Partido a futuro. Debido a que es ahora cuando se están configurando o perfeccionando la estructuras básicas en que se desarrollará la democracia chilena en las próximas décadas, es que se hace indispensable estar presentes en esta etapa. Contribuir desde cualquier espacio: ya sea desde el gobierno mismo, desde el partido o desde las organizaciones sociales o vecinales.

Es clave involucrarse en el aquí y ahora, porque el ideal histórico concreto de cada democratacristiano -para usar la expresión de Maritain- estará inevitablemente condicionado por lo que seamos capaces de moldear en las estructuras del Chile de hoy.

La participación en la tarea de hoy no puede estar desligada de los valores que deseamos impregnar a la política y a las instituciones democráticas: el pluralismo, la libertad, el respeto a los derechos individuales y económicos-sociales, la cultura de los acuerdos. Como lo ha dicho con fuerza la juventud democratacristiana en su reciente Congreso, necesitamos más que nunca una política con valores.

También necesitamos persistir en una gradual recomposición de un sentido de pertenencia de todos a una misma nación y de la aceptación por parte de todos de un proyecto de nación que le de estabilidad, seguridad y expectativas de progreso a todos los chilenos.

Esta aceptación es necesaria tanto para la estabilidad del sistema político democrático que estamos recreando, como para la gobernabilidad de la sociedad en su conjunto, frente a la siempre latente amenaza del terrorismo y de otras formas del extremismo político, así como de la agitación social demogógica o populista que puede tentar a algunos sectores políticos opositores.

El gobierno de la Concertación ha avanzado significativamente en la recomposición de lo nacional. Prueba de ello es el avance en lograr la reconciliación del país a través de una aceptación de la verdad de lo ocurrido en los años del gobierno autoritario. Estamos así recuperando una historia común.

Por otra parte se ha reducido significativamente el abismo entre quienes hoy gobiernan y las Fuerzas Armadas. Se han ido estableciendo lazos de confianza y cooperación, todavía incipientes, con el mundo empresarial. El diálogo con la oposición es constante. Las organizaciones sociales han sido interlocutores privilegiados del gobierno de Aylwin, especialmente la CUT y el

Colegio de Profesores. Allí está la nueva legislación laboral , los Acuerdos Marco con la CUT y el Estatuto docente, como frutos de esa cooperación entre gobierno y organizaciones sociales.

Pero, por significativos que puedan ser los avances que logre este gobierno, la tarea estará recién comenzando. En una nueva etapa habrá que consolidarlos y profundizarlos. Las reformas políticas, el perfeccionamiento de la constitución, la modernización y reforma del Poder Judicial, la puesta en marcha de la descentralización, la intitucionalización de la Concertación Social, son todas tareas iniciadas pero que deberán completarse y proyectarse más allá por un nuevo gobierno.

Lo mismo ocurrirá con la integración de Chile al mundo. El gobierno actual está dando pasos importantes en su dirección. Pero habrá que llevarla a nuevas etapas. Si logramos dar inicio real en este período a la integración con México, Venezuela y Estados Unidos, tendremos que lograr el sueño de la integración latinoamericana y, talvez, de toda América en el próximo tiempo.

Desde ese punto de partida, será posible a su vez un intercambio creciente y más estricto con la Comunidad Europea y con los países de Asia.

El Chile del futuro necesita buscar el estímulo que representa medirse con otros países. Procurar a través de ese desafío hacer las cosas bien, hacerlas mejor que otros.

Se trata de un desafío por la excelencia. Un espacio económico ampliado a 350 millones de personas nos obligará a aprovechar mejor a nuestros talentos y nuestros recursos.

Podemos aspirar a enfrentar exitosamente este desafío por la calidad de nuestros recursos humanos, por nuestras ventajas institucionales- un Estado en orden, una sociedad organizada y en paz, un Gobierno que funciona- también por nuestras ventajas culturales.

El país comienza a desarrollar una cultura de la cooperación, ha visto desplegarse un espíritu emprendedor en sus empresarios que asumen riesgos y nuevas formas innovadoras de hacer las cosas.

Será necesario un profundo reenfoque de la educación para la creatividad, pero ese esfuerzo ya ha comenzado en este gobierno.

Estos procesos se insinúan o ya están en marcha. Es por ello que Chile es reconocido internacionalemnte como un país en alza, un país donde se abren nuevas oportunidades.

Dar un nuevo impulso a estos procesos es parte esencial de nuestro proyecto de futuro. Ello permitirá motivar a todo el país por la significación de sus logros, al ponerse a prueba con otros países.

Esta motivación es esencial en un proceso de desarrollo. Ello permite intensificar el esfuerzo, disciplinarse más en el trabajo, hacer un esfuerzo adicional de ahorro, procurar una mejor educación.

Pero la integración de Chile al mundo es sólo una parte de lo que procuramos en nuestro proyecto de futuro.

El núcleo central de dicho proyecto debe ser la integración nacional, esto es el despliegue de toda nuestra capacidad política para reducir la brecha entre el Chile próspero y moderno, respecto del Chile pobre y atrasado.

Todos los chilenos quieren participar y tener oportunidades en el nuevo mundo que se construye proyectando a Chile más allá de sus fronteras y modernizando su economía y sus estructuras sociales e instituciones políticas.

La brecha entre estos dos países habrá disminuído al final de este gobierno. Pero la tarea estará inconclusa.

De allí que la Democracia Cristiana tendrá que proyectar hacia adelante la idea de un desarrollo integrador.

Un proceso de desarrollo que integre mejor al mundo marginal y a los jóvenes y las mujeres. A las regiones atrasadas y las comunidades pobres.

El esfuerzo en educación, en salud, vivienda y capacitación tendrá que intensificarse. La generación de nuevos empleos tendrá que estar en el centro del esfuerzo social. Habrá que allegar los recursos y generar la voluntad necesaria para orientar esos recursos a los más necesitados.

La participación de las organizaciones sociales de base entrará en una etapa de esfuerzo compartido con el gobierno y las instituciones públicas, superando el mero reivindicacionismo.

Este esfuerzo integrador es el que ha marcado nuestra historia y continúa siendo un desafío para el futuro.

A comienzos de siglo, un pequeño sector de la sociedad monopolizaba el poder político, el poder económico y el prestigio social. El resto, estaba marginado. Paulatinamente han ido incorporándose la clase media, los trabajadores organizados, los campesinos y los sectores populares a la vida nacional.

En esta evolución ha habido períodos críticos y de confrontación, pero también ha habido períodos en que se pudieron ir conciliando los intereses de los distintos sectores que convivieron en un marco de estabilidad. Esos períodos nos permitieron ir avanzando como país.

Por eso es preciso entender nuestra historia como un pasado común y nuestro futuro como un proyecto nacional en el que todos los sectores de la sociedad deben tener su espacio para hacer su aporte. Nadie puede sentirse marginado, ni tampoco amenazado.

De allí que ésta nueva etapa en que estamos superando un período de exclusión y confrontación tendrá efectos trascendentales para el futuro, porque estamos construyendo una nueva democracia, con estabilidad, sin más experiencias traumáticas y siendo capaz a la vez de conciliar un desarrollo sostenido con el imperativo de la justicia.

Este es un desafío que requiere de todos los chilenos y que será posible de abordar en la medida que volquemos nuestro mejor esfuerzo a completar la tarea actual.

Y también en la medida que los ideales y valores a que hemos hecho referencia permanentemente en este documento, vayan fraguando un temple fortalecido para abocarse a las nuevas etapas.

Así nos acercaremos al ideal siempre vigente de una sociedad más justa y solidaria, de una economía más dinámica y creadora, y de una cultura humanista basada en los valores cristianos.

¿Dónde nos encontramos?

Al evaluar el camino recorrido relevamos una vez más los dos elementos que forman parte permanente de nuestra acción política y que marcan la identidad de nuestro partido: 1) El pensamiento y los valores del cristianismo, en particular el pensamiento social de la iglesia; 2) Un camino compartido; es decir nuestra propia historia como personas y como partido.

En este documento no sólo hemos hecho referencia a nuestro propio camino como partido. También hemos reconocido entre las fuentes de nuestras convicciones, junto a la filosofía cristiana, y el pensamiento social católico, esa realidad contemporánea en la que nos toca actuar y que aspiramos transformar.

Hemos ido madurando a partir de nuestra propia experiencia, de nuestros aciertos y de nuestros errores.

Hemos ido cambiando nuestra forma de hacer política. Un cambio desde una política "alternativista" a la búsqueda de lo que une por

sobre lo que separa. A nivel político nos une el cuidado de la democracia, el respeto de los derechos del hombre, el erradicar la violencia como instrumento para la acción política. A nivel de la sociedad y de la economía existe un interés común de trabajadores y empresarios por el desarrollo, por el progreso de las empresas, por la estabilidad, y por la paz social, que es más dominante que las legítimas diferencias que puedan haber entre los intereses de los diversos sectores sociales.

Constatamos también un cambio desde un debate centrado en el sistema económico y en su transformación radical, a un énfasis en el tipo de desarrollo que necesariamente va a hacer uso del mercado y va a estimular el desarrollo de la iniciativa privada, en un marco jurídico y de políticas públicas que aseguren condiciones de solidaridad y participación.

¿Pero cuál será entonces nuestra identidad propia si enfatizamos tanto los acuerdos y la cooperación respecto del régimen político, así como respecto del sistema socioeconómico?

Nuestra identidad propia se funda en la fuente que inspira nuestra acción, el pensamiento cristiano, y en la forma que hemos ido actuando en la historia como partido en el largo camino que hemos compartido, con todas sus luces y sombras y con todos sus símbolos.

Es eso lo que hace que cada uno de nosotros se sienta y sea visto por los demás, como un demócrata cristiano.

El mundo de hoy se presenta mucho más lleno de oportunidades para avanzar en el sentido de nuestros ideales que permanecen tan vigentes como cuando los expresaron los jóvenes falangistas.

El derrumbe de los muros ideológicos, la generación de amplios consensos en nuestra sociedad, abre posibilidades infinitas para dedicar las mejores energías enfrentando los principales problemas de nuestro tiempo y avanzar hacia ese orden más nuevo, más justo, más libre, más solidario.

Tenemos raíces. Tenemos arraigo en la sociedad chilena. Tenemos una conexión con la gente porque hemos sido capaces de acoger el sentir común, que envuelve una sabiduría profunda. Tenemos una legitimidad ganada a la sombra de nuestra acción como partido, pero también a la de nuestros mejores hombres y mujeres, que han exhibido ante el país una coherencia entre los valores que profesaron y la acción política que impulsaron, entre su vida pública y su vida privada.

Por eso hoy, intuimos que los sueños son necesarios pero siempre inconclusos, que los instrumentos hay que entenderlos como tales descargándolos del valor simbólico que la historia les dio, que las

posibilidades son infinitas y por lo tanto no reducibles a un proyecto. Sabemos también que subsisten las grandes causas y frente a ellas tenemos un futuro abierto para asumirlas con pasión , recogiendo las experiencias que hemos vivido y asumiendo nuestra identidad -la que nos revela la historia y el presente- para hacer el aporte que el país espera de nosotros.